

El señor Martán

o nadie

Stefanía Mosca

*«Nadie se ha encontrado tan solo.
Estoy fuera de todo paso humano.
Sin embargo, todo acababa allí mismo,
en algunas formas confusas
que surgían de la niebla»*

Salvador Garmendia. *Los Pequeños Seres*.

*«No conseguía ser malo,
pero tampoco amistoso, ni infame,
ni honrado, ni un héroe, ni un insecto.»*

Fedor Dostoievski. *Memorias del Subsuelo*.

Quién es ese hombre pequeño, perdido, sin sucesos relevantes, fuera de su mismidad (o ningunidad) opresiva. De dónde salió este héroe de la modernidad venezolana. Pues es de la modernidad de lo que hablamos. La ciudad, el empleo cosificado, el informe, el uniforme, los convenios y las pautas, los memoranda numerados torturantemente. ¿Quién es Andrés Martán? ¿A cuál tradición se adscribe? Al cuento famoso de Carlos Eduardo Frías o al Otro yo de Julio Garmendia. Andrés Martán se permite ser el más descarnado, el primero que transita la novela o la ficción sin el amparo del sentido. Y podemos afirmar, a la manera clásica, que *Los pequeños seres* es una novela de personaje, justamente porque su trama es el sinsentido. Mateo Martán, de pronto, es nadie. Ante la muerte, su vida pierde la invariable corporeidad que había tenido hasta entonces.

La experiencia del extremo es limitada. Una noche tal vez. El tiempo pertenece al sueño: no a los segunderos. Se dilata. Se expanden las percepciones. Lo real, ya lo dijimos, pierde pasmosamente

consistencia cuando Mateo Martán, por primera vez, ante el cadáver, ante la muerte, contempla lo vacío. Se deshace el edificio de su vida cotidiana. Se ve amenazado en el trabajo, el matrimonio, la convivencia, la rutina. Como si llegase aplastar tanto la monótona reiteración de nuestros actos, de nuestras ilusiones nuevamente desechas, que dejaran de ser algo concreto, el apartamento, la llave de mi carro, el amor de mi vida. La casa se llena de fantasmas y en un diálogo fragmentado, entre sombras, entre *Pequeños seres*, oscurecen los supuestos de la anécdota.

El papel del protagonista es estar fuera de la historia, fuera de su propia identidad. Ve los otros cuerpos y sus humores de costado, un poco distantes, vacíos y grises; o demasiado cerca, deformes. Él no pretende (ni Amelia tampoco) asir el sueño, la quimera, la ínsula de Barataría o la imposible Segismunda. Mateo Martán, simplemente, quiere llegar a casa, desea que todo vuelva a ser como antes, como si nada hubiese pasado. Corre en búsqueda de Amelia, que aparece suavemente como una sombra diligente, sabia y protectora. Volver, sólo eso pretende Mateo Martán y, paradójica y gratuitamente, no hace sino perderse en la memoria o en el vacío. En su alienación delirante, en la experiencia de la nada.

Salvador Garmendia logra cuajar la atmósfera más difícil: la del no ser. Su palabra adquiere -respetuosamente- la carga de la poesía. Mientras lo narrado es, de alguna manera, el silencio de Mateo Martán, su compañía sin nadie como él. «Sus verdaderos pensamientos reaparecían indolentes, ingravidos, desprovistos de forma y materia» (p.148-149). Aún así, es un personaje, tiene estatura, un rostro, aunque en la novela su experiencia lo relate sin identidad: su adentro vacío, su afuera «una atmósfera de asombros, un espacio radiante y sin bordes.»(p.78.) El narrador detiene el foco sobre el desvarío: una total ausencia de sí. Su voz sostiene la novela. Las imágenes ciertas, unas tras otras, sustituyen la historia y nos invitan a comprender distintamente: desde la experiencia.

El protagonista de esta pesadilla real, no es un hombre en el fracaso. Pues fácticamente nunca ha sido nadie, sino el común de los hombres, medianía, uno entre todos. Cómodamente, sus recuerdos atendían al llamado de su voluntad, y en el trabajo había logrado ascender y no eran pesados los informes y comprobantes y cartas que repetía indiferentemente cada día. Esa sordidez kafkiana de los espacios del poder, de la administración pública, parece haber sido invitada, «intertextualizada» -diría Genette, para colorear el trabajo, los elementos grises, pero no melancólicos, del protagonista de *Los pequeños seres*.

Mateo Martán atrapado en el informe, en algo muy importante de su trabajo que no lo refleja y que atiende con indigno servilismo, es

un funcionario temeroso, ambiguo y sin ética fuera del sustento mediocre. Un ciudadano común, en el reto que le impone la ciudad, su empleo, las batallas internas hechas de traiciones. Hasta cuando la muerte le impone un desacomodo en el cuerpo, la sensación de ser inapropiado sin remedio, de distorsionar la norma, de crear el defecto, de abrir un sitio sin nombre que nadie quiere ver. Desde el margen habla este personaje. ¿Qué sentido tiene esta huella que es una sombra?

Martán no sufre el resentimiento del protagonista de *Memorias del Subsuelo*. No quiere ocupar el lado soleado y central de la acera, ni se pregunta cómo deshacer la minusvalía donde se halla su corazón turbulento. Esa intensidad romántica del marginado. Mateo Martán es tan sólo un hombre consternado ante su propio vacío, expuesto a él, por la visión de la muerte: Su Tío Andrés el fuerte, el hábil, el apropiado, yacía inerme. Entra así en su propio deceso. Sin conciencia, experimenta el atribulado dolor de no poder atajar ni perfilar su identidad. No consigue el modo, ni el instrumento que lo salve fehacientemente, que le permita salir de ese marasmo sin refulgencia al que ha quedado reducida su existencia. No puede dejar de percibir lo vacío que lo rodea interna y externamente. «Las vitrinas oscuras... Una soledad inasible sobre cada forma que se desprende de la confusión y se detiene en la mirada» (p. 88)

La muerte distorsiona la visión normal del mundo. Andrés Martán no halla otro refugio que el ahora. Su percepción se circunscribe al instante, fascinada por lo que ve. Ante la nada no tiene importancia el tiempo sino su fragmentaria manifestación. El segundo presente es todo. Se percibe en macro aquello mínimo y cercano que anteriormente pasaba desapercibido por los sentidos. Y siendo como es la descripción el fuerte estructural de la narrativa de Salvador Garmendia, es en *Los pequeños seres* cuando queda mejor demarcada la función de la descripción: el exceso de foco acerca la imagen al máximo, el corte en lo percibido nos lleva a un mundo fantástico, a la monstruosidad de los cuerpos y de las estructuras de la propia naturaleza. La actividad del ojo en su sincronía crea mosaicos plásticos, espacios visuales de formas fragmentarias que hablan de muchos lenguajes y proponen registros, impresiones que, sin embargo, no logran despertar la memoria perdida, mucho menos la identidad o las preferencias de Martán, llegado al borde desde donde y por cuya causa es el protagonista de esta historia.

«Las piezas sueltas se ordenaban de cien maneras,
como las figuras borrosas de un boceto que se repiten,
con leves trazos diferentes, a cada nuevo intento
y ninguno de los modelos inacabados que lograba

componer al azar, le aseguraba una autenticidad, siquiera un confortante parecido con algo que pudo haber ocurrido alguna vez.» (p. 43)

El sueño (o la pesadilla), sus imágenes, los gestos, invaden la vigilia sin que pueda él encontrar una explicación. Mateo Martán se comprende marioneta del azar y acepta el hecho. Pero no conoce la liviandad y le resulta insostenible el afán hacia lo irrealizable. Finalizar para volver a empezar. Sísifo y su piedra.

La risa que visita este texto no viene exactamente de una forma paródica, sino de la dureza de la existencia que enfrenta la escritura. Lo real es enrostrado sin morisquetas fuera de la mueca latente de la crueldad entre los seres humanos como única mediación constatable y aún eficiente. De vez en vez, aparece una escena graciosa, pero demasiado irónica para divertirnos. La novela nos proporciona un camino hacia lo profundo, un espejo para reflejar la terrible carga de nuestra sombra.

La noche lleva a Mateo Martán a transitar indistintamente el sueño y la realidad, la vida y la muerte. Deambula en su delirio y llega a un circo, a ese lugar sin nombre donde el cuerpo y el sueño son lo mismo. Es testigo de la muerte absurda de la equilibrista. El circo radiante ha dejado su huella como la única explicación viable. Como esos emblemas renacentistas.

Reaparece en el día más desolado y vacío que antes. Busca su espacio, se preocupa por su mujer. El desenlace requiere la recomposición de la historia. Es el problema del fin. Y Salvador Garmendia la recompone, buscando siempre en lo improbable, la traición, el drama final.

No hay plenitud ni realización ni redención en su vida, sólo la ausencia de sí, el atormentador hallazgo de la inutilidad de la existencia. Esta es la propuesta de *Los Pequeños Seres*. No es una propuesta fácil, pero marca la entrada de otro personaje en la historia literaria venezolana: el Sr. Martán, o nadie. El protagonista que huye de su desmembramiento, de la experiencia de su disolución. Un personaje marginado que habla desde un lugar vacío que lo consume.